

... de la segona part: *La examinitis: síntomas y remedios*

El historial clínico

(p. 123) Poquísimos profesores podrían de improviso superar de nuevo el examen de selectividad, que en su día superaron con extraordinaria brillantez. Ni siquiera es seguro que pudieran aprobar *su propia asignatura*. En realidad, se trata de saber las cosas <<de una determinada manera>>. Lo mismo vale para muchos exámenes universitarios aprobados en su momento, tal vez incluso con <<matrícula de honor>>. Está previsto; es fisiológico y natural que la materia de un examen se olvide después. Lo que queda es lo que realmente importa. Por ejemplo, las coordenadas intelectuales de la materia en su conjunto, o los métodos, o ciertas estructuras mentales que han llegado a ser tan naturales que ni siquiera nos damos cuenta explícitamente de que las poseemos. El estado de olvido, que es muy diferente del estado en que se encuentra el que nunca se ha sometido a aquel examen, se debe en parte a un simple problema de memoria, pero en parte también a un problema de <<presencia>> mental. No podemos conservarlo todo perennemente presente, tal como lo estaba mientras nos preparábamos para el examen. Los buenos profesores dedican siempre una buena parte de su tiempo a volver a estudiar cosas que llevan años enseñando, y en las que son verdaderamente expertos. Existe el problema de ponerse al día continuamente. Existe el hecho de que todas las materias son, a su manera, inagotables e infinitas, y que siempre hay verdades nuevas, incluso entre las fundamentales, que nos están mirando a la cara, sin que nosotros las veamos. Pero existe además el hecho de que a los exámenes y a las clases hay que acudir *frescos*. Hay que reencontrar la memoria y reavivar una *presencia* de intereses que la vida cotidiana destiñe y tritura. Sólo los profesores mediocres, ocupados en mil otros asuntos, repiten la leccioncita de manera automática, sin volverla a estudiar. Son precisamente los profesores que después quieren oír repetir las cosas de una determinada manera, y sólo de aquella.

(p. 122 i 123) • En el examen no sólo hay que saber, sino que hay que saber de una cierta manera.

• Se da por descontado que después del examen se olvidará gran parte de lo que se ha aprendido.

Subrayar, o del uso y abuso del libro de texto:

(p. 127 i 128) • Las anotaciones personales y los subrayados desde el primer momento deben tener una proyección hacia el futuro, de cara a la relectura y el repaso, no deben ser el producto del humor del presente.

• Evitemos subrayar y anotar lo que ya está subrayado, anotado, o en cualquier caso destacado, en el propio texto.

• No se debería subrayar ni anotar *nunca* un texto a la *primera* lectura.

Cómo se repasa:

(p. 132 i 133) Es humano no poder agotar nunca el saber, ni siquiera en un sector altamente especializado. En cambio, es diabólico aparentar que no pasa nada y atrincherarse en el ámbito de lo que ya sabemos, considerando inútil e irrelevante lo que no sabemos, *solamente* porque no lo sabemos. Creo que saber llevar con inteligencia y con serenidad nuestras lagunas de preparación forma parte de un arte difícilísimo, pero indispensable: el arte de saber vivir en paz con lo que somos y con lo que *podemos* saber. Convendría no contentarse jamás con lo que sabemos, ni deprimirse más de la cuenta por lo que individualmente no llegaremos nunca a saber.

Es bueno acudir a un examen poseídos de una cierta tensión interna, como la de una cuerda de violín dispuesta a vibrar, pero es malo que la tensión se convierta en angustia y que la cuerda corra el riesgo de romperse a cada instante. Planificar bien y realizar bien el repaso final es el mejor método para atenuar la angustia del examen, para sacar el máximo provecho de lo que se ha aprendido y de lo que *todavía* se puede aprender.

Siempre hay un programa oficial y programa real. Hay temas que figuran en el programa por inercia, por convención o por distracción; en cambio, hay materias que son fundamentales. Fundamentales, se entiende, para *aquel* examen, para *aquel* examinador. Los buenos profesores siempre explican esto claramente, y en época de repaso será bueno atenerse a *su* escala de prioridades y de importancia.

(p. 134 i 135) • Calculemos con antelación suficiente el tiempo del que *efectivamente* disponemos; no nos basemos en el tiempo del que querríamos, o del que deberíamos, disponer.

- ¡Felices los que no tengan necesidad de heroicidades! (...) Las empolladas <<bestiales>> de dieciséis horas de estudio al día (y diez cafés) no tienen razón de ser. (...) Son remedios desesperados, (...) para situaciones desesperadas.

(p. 137, 138 i 139) • Programar el repaso de manera <<jerárquica>>, no de manera <<lineal>>. Hay que repasar *todo* el programa a vista de pájaro. Después se empiezan a enmarcar mejor los temas más importantes, luego dentro de éstos los subtemas, y así sucesivamente. Al final del repaso continuará habiendo agujeros, pero serán ya agujeros de detalle y de precisión, no agujeros negros de total desorientación. Por lo menos sabremos dónde *está situado* lo que no sabemos.

- Intentemos averiguar lo antes posible qué es lo que podemos permitirnos *no* saber, y *por qué*. (...) Que nos demos cuenta *por lo menos* del alcance y extensión que tienen nuestras lagunas, de lo que significaría saber aquellas cosas, si las *supiéramos*.

- Intentemos plantar algún esporádico punto de apoyo *incluso* en las zonas que no hemos preparado. (...) Cuando (...) nos resulte imposible detenernos a estudiar un tema entero, dediquemos al menos algún tiempo a saber de qué trata. Exploremos, aunque sea a vista de pájaro, el *alcance* de aquel tema.

(...) Si hemos preparado bien nuestros subrayados y nuestros apuntes, (...) en el repaso final podremos limitarnos a releer atenta y meditadamente *sólo* éstos o aquéllos.

Cómo tomar apuntes:

(p. 141, 142, 144 i 145) ... nos demuestran lo difícil que resulta tomar apuntes durante una clase. Nos resulta difícil precisamente porque exige hacer dos cosas a la vez: escuchar entendiendo y, al mismo tiempo, escribir con nuestras palabras lo que entendemos.

Recordemos que los apuntes, como los subrayados, ayudan a la memoria, pero son sobre todo mensajes que nos enviamos a nosotros mismos; deben ayudarnos en un *segundo* tiempo, en la fase de relectura, de profundización, de digestión y de repaso. Escuchando con atención se aprende más de momento, pero luego no tendremos suficiente material para repasar en el futuro. Tomando apuntes se corre el riesgo de perderse alguna cosa suelta, pero se está invirtiendo para el futuro.

- Cuando un profesor da unas clases que merecen ser conservadas en nuestros apuntes, hay que trabajar sobre estos apuntes *en caliente*, pocas horas después de la clase.

En estos casos, nos conviene tomar en el mismo momento unos preapuntes, para pasar después a los verdaderos apuntes lo más pronto posible, mientras la memoria y la <<presencia>> mental estén aún frescas: algunas horas después, no más tarde. No podemos permitirnos dejar pasar días y semanas, porque la memoria se debilita y nuestra presencia mental para aquel tema se atenúa. (...) Como sabemos que los volveremos a leer y los completaremos inmediatamente después de la lección, o a lo largo del día, nos podemos permitir el lujo de ser sintéticos y esenciales, casi telegráficos. El verdadero trabajo de reconstrucción y de redacción se realizará posteriormente.

- Lo ideal sería llegar a estudiar *sólo* nuestros apuntes. Sería como si alguien hubiese escrito un libro de texto sólo para nosotros.

(...) Nada nos impide tomar apuntes también del texto. Puede parecer un trabajo inútil, pero no lo es. (...) La ventaja mayor es adaptar el texto a nuestras necesidades personales, *traduciéndolo a una lengua realmente nuestra*. (...) Incluso el que no se sienta capaz de <<traducir>> en apuntes el libro de texto, tendrá que confrontar de todos modos los apuntes tomados en clase con lo que dice el libro de texto. Esta confrontación puntual *siempre* es muy instructiva. (...) Comparando las distintas versiones, la que se ha dado en clase y la que está expuesta en el libro de texto, con frecuencia se llega a una comprensión que es más que la suma de ambas.

Los buenos apuntes y su posterior uso inteligente constituyen un poderosísimo instrumento para la asimilación de conocimientos. Me atrevería a decir que el que aprende a tomar bien apuntes, tanto de clase como del texto, y sabe utilizarlos bien, ya tiene el aprobado en el bolsillo.